

El viaje hacia América

La figura del inmigrante en algunos textos literarios

Desde hace cinco siglos, cuando Colón emprendió su primer viaje hacia Occidente, una constante migración humana ha atravesado el Atlántico camino del continente americano. Marineros, aventureros, familias, poblaciones enteras, han partido a la búsqueda de la aventura o la riqueza, siguiendo la huella del conquistador que un día abandonó su tierra para implantar, en ultramar, la semilla de las nuevas naciones.

En los primeros tiempos el elemento mayoritario de esta migración estuvo constituido por españoles. Consta, sin embargo, la existencia de ingleses, italianos, irlandeses, judíos y moriscos implicados por una u otra razón en los primeros actos de los tiempos coloniales. Sin embargo, la gran afluencia de viajeros se va a producir a partir de la mitad del siglo XIX hasta los recientes años de los ochenta.

Conflictos sociales y políticos de la Europa del imperio austro-húngaro del siglo XIX o de las dos grandes guerras del siglo XX; política antisemita de la Rusia zarista; situación explosiva de Medio Oriente en tiempos del imperio otomano o durante las guerras que lo han asolado en nuestro siglo; llamadas de las naciones jóvenes para que el trabajador de los países europeos vaya a poblar los grandes espacios deshabitados, todo esto, en fin, fueron causas que produjeron las sucesivas migraciones de alemanes, judíos, yugoslavos, árabes, españoles y otros pueblos hacia América.

La inmigración conlleva en sí una fuerte nota emocional que podemos comparar con la del exilio, pero si éste es el viaje de salida, generalmente involuntario, la inmigración, en cambio, es el viaje de entrada realizado voluntariamente.

El inmigrante llega a su nuevo país con la voluntad de conquistar un espacio incógnito y la esperanza de un tiempo futuro. La figura de este hombre, que generalmente llega joven y pobre a su nuevo país, ha sido adoptada por la literatura de los países hispanoamericanos, a veces como figura de paso, otras como protagonista.

Si el personaje es un vendedor ambulante o «mercachifle» se le cuelga fácilmente el rótulo de emigrante árabe o «turco», en función del continuo recurso con que árabes y judíos han acudido a esta actividad económica en tiempos de su instalación.

Así, este estereotipo surgido de la realidad, no necesita más que unas dos o tres notas descriptivas para crear una figura típica, como es el caso del cuento «Cuidado con el loco»¹ de Héctor Mújica:

Alí Jochemí era un mozo bastante impresionable que creía en el Corán con la fe de un carbonero. Había llegado a América siete años antes de nuestra historia y no veía razón alguna para convertirse al catolicismo. [...] Alto, un tanto desgarbado, los ojos muy negros. [...] Vestía habitualmente un terno muy oscuro —viejo recuerdo de su padre sirio— y sólo cuando iba al interior, adonde viajaba continuamente en son de adelantado de una compañía vendedora de telas y tejidos optaba por el uso de paños más claros y delgados...

Nombre y apellido, referencias al Corán y Siria son los rasgos básicos con que el lector continental reconocerá la figura ambiental. Se le agregan dos o tres rasgos sociales y de carácter y el personaje está dado: «Soltero, solía repetir a sus amigos criollos que tenía horror a encadenar su vida a una sola mujer, ya que Mahoma había prescrito que un buen varón puede tener tantas cuantas pueda mantener y hacer felices».

Para la continuación de la historia poco importa que el personaje haya sido un emigrante árabe o un venezolano cualquiera.

El vendedor ambulante, sea árabe o judío, responde —como hemos dicho— a una realidad sociológica propia a los países de la América hispana que se han visto revitalizados en los dos últimos siglos con la llegada de miles de árabes —palestinos, sirios, libaneses— y judíos, especialmente polacos y rusos.

Según Eugenio Chahuán², las primeras oleadas migratorias árabes se dirigieron a Norteamérica, para, posteriormente, desviarse hacia el sur, en especial a Brasil y Argentina. La emigración se detenía en Argentina, porque entonces, como ahora, el precio del pasaje para llegar hasta Chile era muy elevado, agregado a los inconvenientes de atravesar los estrechos del sur en barco, o bien la enorme cordillera de los Andes cuando el viaje se hacía a lomo de mulas.

Gabriel García Márquez, en su novela *Crónica de una muerte anunciada*, dice de estos inmigrantes llegados a Colombia: «Los árabes constituían una comunidad de inmigrantes pacíficos que se establecieron a principios del

¹ Mújica, Héctor, «Cuidado con el loco», en *Revista Nacional de Cultura*, n.º 170, Caracas, 1965.

² Chahuán, Eugenio, «Presencia árabe en Chile», en *Revista Chilena de Humanidades*, n.º 4, Santiago de Chile, 1983.

siglo en los pueblos del Caribe»³. Y en la misma página agrega: «Los mayores siguieron hablando el árabe rural que trajeron de su tierra, y lo conservaron intacto en familia hasta la segunda generación, pero los de la tercera, con la excepción de Santiago Nasar, les oían a sus padres en árabe y les contestaban en castellano».

Santiago Nasar, protagonista de la novela citada, hijo de Ibrahim Nasar, representa al descendiente de inmigrante enriquecido. Era dueño de *El Divino Rostro*, «la hacienda de ganado que heredó de su padre y que él administraba con muy buen juicio aunque sin mucha fortuna».

Por el contrario, el protagonista de *Forja de Hombre*, de Efraín Szmulewicz⁴ es el hijo de un hombre de vida dura y miserable, inmigrante llegado a una zona agrícola de Chile y que no tuvo nunca la suerte de poder establecerse con un negocio. Ismael Aram venía de una tierra de palmeras y oasis a orillas de un gran desierto; tierra de «turbantes, de albornoces, de ciudades civilizadas como las que hay en este país [Chile] pero en las que vivía gente apiñada y pobre, mientras que los príncipes, jeques, y otros señores ricos, explotan a los feláh's como en la antigüedad esclavista»⁵. Si bien la descripción tiene un exotismo algo libresco —que podríamos ubicarla en alguna aldea egipcia— las notas con que el autor describe los esfuerzos del inmigrante por salir de su pobreza son netas y directas:

Empecé a trabajar inmediatamente con el «paquete». Eran géneros, medias, jabones, peinetas, pinches, elásticos y otras cosas para mujeres. Uno de mis paisanos me ayudó a conseguir la primera mercadería, con crédito. Aún no tenía dinero. Pero nunca pude progresar como otros de las tierras nuestras. No sé por qué no me resultaba. Jamás me explicaba la razón por la cual mis clientes me trampeaban más que a otros vendedores. Apenas me pedían rebaja, se las daba. Y aquí me tienes, después de más de veinte años de trabajo me encuentro en el mismo lugar en que empecé... (pág. 24).

Szmulewicz evita aquí caer en el costumbrismo nacionalista y la vida del hijo de inmigrante, Eduardo Aram, es la lucha tenaz de cualquier hombre por sobresalir y sobrevivir.

El inmigrante puede ser, en otros casos, el protagonista mismo de la narración, quien relata los antecedentes al viaje migratorio y su posterior instalación en la nueva tierra. Para referirnos a este tipo de personaje nos basaremos en la obra de dos escritores chilenos, ambos inmigrantes: Benedicto Chuaqui, autor de *Memorias de un emigrante*⁶ y Efraín Szmulewicz, autor de *Un niño nació judío* y *El hombre busca la tristeza*⁷.

Ambos escritores llegaron a Chile en los primeros decenios del siglo XX, uno de Siria, el otro de Polonia. Las obras a las que nos referimos, a pesar de las similitudes en cuanto a las etapas narradas —país natal, viaje, llegada e instalación en el otro país— presentan una diferencia de peso. Se trata

³ García Márquez, Gabriel, Crónica de una muerte anunciada, Ed. Bruguera, Barcelona, 1981, pág. 130.

⁴ Szmulewicz, Efraín, Forja de Hombre, Ed. Rumbo, Santiago de Chile, 1978.

⁵ Szmulewicz, Efraín, ibid., pág. 24.

⁶ Chuaqui, Benedicto. Memorias de un emigrante, Ed. Nascimento, Santiago de Chile, 2.^a ed., 1957.

⁷ Szmulewicz, Efraín. Un niño nació judío, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., Santiago de Chile, 1949.

El hombre busca la tristeza, Ed. Don Quijote, Santiago de Chile, 1950.

del protagonismo dado por el autor al episodio de la migración, lo que determina, en consecuencia, el género de la obra y el carácter del personaje.

Así, Benedicto Chuaqui escribe unas memorias en primera persona y su personaje principal, Yamil, es el emigrante-narrador-autor. El interés del relato reside no sólo en la historia de Yamil sino en todas las notas costumbristas, ambientales y psicológicas que aparecen sobre Homs, la tierra natal y luego sobre Chile, la tierra de adopción.

Podemos así señalar en el discurso de Chuaqui un nivel autobiográfico —que avanza al hilo de los recuerdos y evocaciones del espacio nativo— y un nivel referencial al contexto histórico, que busca dar informaciones precisas y necesarias: «Se había declarado la guerra ruso-japonesa y, naturalmente en ese colegio éramos todos partidarios de los rusos» (pág. 33). «En julio de 1908 estalló la revolución de los jóvenes turcos, que trajo como consecuencia la caída de Abdul Hamid... En Homs aquel acontecimiento fue celebrado con grandes y ruidosas manifestaciones» (pág. 97).

Efraín Szmulewicz no toma la emigración como tema fundamental sino que en dos novelas (indiscutiblemente autobiográficas) de orden cronológico sucesivo narra en tercera persona el despertar a la vida de un niño; luego, las inquietudes intelectuales y sociales del adolescente, la necesidad de partir hacia otras tierras y por último, la llegada del joven a tierra chilena y sus primeros años en este país. En Szmulewicz las referencias al país de origen son poquíssimas y no aparecen notas temporales o cronológicas. La emigración de Josef Grinberg es un paso importante de su vida, un destino que el personaje cumple con tenaz voluntad, pero el discurso de la obra novelística no obedece a las mismas leyes que el relato autobiográfico, en las memorias del emigrante. En la novela de Szmulewicz el mensaje privilegiado es el análisis de la formación de un hombre, en el espacio nativo primero, en la tierra adoptada después. Su figura, fundida a valores generales, trasciende la simple pintura de un emigrante para adquirir una dimensión universal.

Las *Memorias de un emigrante* de Chuaqui se presenta como una de las obras literarias más indicadas para estudiar la figura del inmigrante en el contexto chileno.

El libro está dividido en dos partes que corresponden perfectamente con las dos etapas del narrador-autor: antes y después de la migración. El eje que sirve para dividir estas dos etapas es el viaje que abarca, en su descripción, quince páginas.

Ambas divisiones constituyen estructural y temáticamente dos obras diferentes, lo que hace posible establecer un cierto paralelismo entre la primera parte y *Un niño nació judío* y la segunda parte y *El hombre busca la tristeza* de Szmulewicz.